

ala delta

Juan MUÑOZ MARTÍN

## LAS TRES CARABELAS



Cristóbal Colón busca marineros dispuestos a embarcarse rumbo a la aventura y tropieza con la temida banda del Sietelabios. Pero no será fácil convertir en tripulantes a los feroces bandidos.

Juan Muñoz Martín es licenciado en Filología francesa, profesor de bachillerato y gran maestro en el difícil arte de hacer reír a carcajadas con la sola arma de su pluma.

*A toda la gran tripulación  
de la editorial Luis Vives.*

## Índice de contenido

Cubierta

Las tres carabelas

Prefacio

Capítulo I. La Salamandra

Capítulo II. El puerto de Palos

Capítulo III. Taberna de la Charca Verde

Capítulo IV. La mesa vacía

Capítulo V. El lunar en la mejilla

Capítulo VI. Don Cristóbal Colón y otras hierbas

Capítulo VII. Un gato en el cocido

Capítulo VIII. Los ocho hombres del virrey

Capítulo IX. El Consejo de Indias

Capítulo X. Las tres calaveras

Capítulo XI. ¡Traed madera!

Capítulo XII. ¡El Sietelabios!

Capítulo XIII. ¡Abrid la puerta!

Capítulo XIV. El loro

Capítulo XV. La Santa Hermandad

Capítulo XVI. La tripulación

Capítulo XVII. Preparando la despensa

Capítulo XVIII. Comienza el partido

Capítulo XIX. Viajeros, al tren

Y aquí empieza el primer viaje a las Indias

El diario del Sietelabios

El diario de Kakaloko

Relación de Zakaleka

El diario de la botella verde de Jorobeta

Este libro humorístico está fundamentado, en sus líneas generales, en la historia del Descubrimiento. El diario que aparece está extraído del «Primer viaje de Colón a las Indias», relación compendiada por fray Bartolomé de las Casas de los escritos del propio descubridor.

## Capítulo I

# La Salamandra

**D**E pronto el Sietelabios dio un brinco.  
–¡Ya vieeeeeeeee!

–¿Quién vieeeeeeeee?

–¡La Salamandra, imbéciles!

–Y eso ¿qué es?

–¡La diligencia, majaderos!

Los bandoleros tiraron los cigarros, se pusieron los antifaces, cargaron sus armas y se agazaparon detrás de los árboles.

Un carromato desvencijado y ruidoso, arrastrado por ocho caballos percherones, apareció en la cuesta dando unos tumbos tremendos y perdiendo tuercas, clavos y tornillos. El Sietelabios se subió al caballo y se echó al camino.

–¡Alto, la bolsa o la vida! –gritó con voz estentórea.

El cochero, aterrado, echó el freno.

–¡No frenes, voto a Satanás! –Sonó una voz ronca desde dentro de la diligencia–. ¡Sigue, sigue! ¡Arrea a los caballos!

El cochero atizó ocho latigazos a los caballos. Los caballos brincaron y se lanzaron a tumba abierta hacia el puente. Cruzaron el puente, pasaron la curva del Diablo, luego la curva de las Angustias, después la curva de la Muerte para coger la curva de los Ahorcados...

–¡Cuidado, otra curva! –masculló la voz.

Iban ya a salir de la última curva que había dejado el carro medio torcido cuando se oyó de nuevo la voz.

—¡Cuidado, una cuerda!

Era el grito áspero y agudo que salía de dentro de la diligencia. Una voz gangosa y desagradable. Una cuerda sujeta entre dos árboles cruzaba la carretera. La cuerda barrió el techo de la diligencia y se llevó maletas, cofres y sombrereras.



## Capítulo II

# El puerto de Palos

—¡M **ALDICIÓN!** —gritó la voz de dentro de la diligencia.

Los caballos desbocados relincharon en lo alto de la cuesta, y entre nubes de polvo, ladridos de perros y bandadas de mosquitos desaparecieron con lo que quedaba de la diligencia.

Un silbido y los bandoleros se lanzaron como chacales sobre el botín.

Perlas, sortijas, collares, esmeraldas, pulseras, miles y miles de monedas se derramaron por el camino.

—¡Somos ricos!

Los bandidos comenzaron inmediatamente a repartirse las joyas.



—¡Estúpidos, dejaos de discusiones y llevad el arca a la cueva de los Suspiros! ¡Que vienen los de la Santa Herman...!

¡Pum!

No pudo terminar la frase. El Sietelabios cayó al suelo con el sombrero agujereado. Diez, doce caballeros vesti-

dos de negro, con cuello almidonado y espadas en alto se precipitaron sobre ellos.

–¡Alto, la Santa Hermandad!

Pero el Sietelabios y los quince bandoleros se escabulleron como conejos y desaparecieron entre los robledales.

Mientras tanto, la Salamandra bajaba dando tumbos, pendiente abajo, por la cuesta de los Limoneros en dirección a la ciudad de Palos. Cruzó la primera casa, mató la primera gallina, se llevó un perro por delante, arrancó un farol por detrás y ¡plaf!, fue a estrellarse contra la puerta de la Charca Verde.

–¡Fin de trayecto! –gritó el loro.

### Capítulo III

## Taberna de la Charca Verde

La taberna de la Charca Verde estaba en el centro del puerto de Palos. Aquella noche, el posadero acababa de colocar el menú en la puerta:

#### *Menú*

- 1.º *Judías con chorizo.*
- 2.º *Gallina en salsa verde.*
- 3.º *Flan chino y vino.*

*Dos maravedises*

El posadero asomó la nariz a la calle y creyó que veía visiones. Colgando del cartel de la Charca Verde había un hombre pataleando, otro colgaba del balcón y una sombrero era estaba suspendida de una farola, mientras las ruedas de la diligencia giraban en el aire. Por las ventanillas del vehículo aparecían las cabezas de diez o doce viajeros con mucha pluma y mucho sombrero.

Todos sacaron los brazos y gritaron:

–Posadero, una habitación con regadera y brasero.

El posadero, que llevaba en la mano un cartelito para colocarlo en la puerta...

#### *Completo*

*No se admiten huéspedes*

... Tiró el cartel al ver a aquellos caballeros con tantas plumas y sombreros, hizo una reverencia y dijo:

–Señorías. Habrá cama y regadera y hasta una enredadera.

## Capítulo IV

### La mesa vacía

LA sala de la Charca Verde estaba aquella tarde llena hasta la lámpara. Eran hombres de poco pelo y mucha barba, jugadores, bebedores, borrachines, gitanos y campesinos que estaban allí porque era día de mercado. El posadero limpió el suelo con el sombrero y dijo:

–Pasen señores. Esto lo arreglo yo en un momento.

El posadero cogió el extremo de un banco repleto de jugadores, lo levantó y todos cayeron rodando por el suelo.

–Aquí hay una mesa vacía.

–No hay derecho –protestaban los caídos.

El posadero cogió de los pantalones a los que protestaban y los echó a la calle. Luego limpió la mesa con la manga e hizo sentar al primer caballero, que llevaba casaca de color blanco como el pan y en el sombrero una pluma de faisán.

Llegó detrás otro caballero vestido de azul y con pluma de marabú. El posadero cogió otro banco, lo alzó e hizo sitio en otra mesa. Llegó otro vestido de color butano con una pluma de pelícano.

Y otro de color amarillo que en vez de pluma llevaba un membrillo en el bolsillo. Y otro de cabeza pequeña que llevaba una pluma de cigüeña.

## Capítulo V

# El lunar en la mejilla

A todo esto, un caballero con el traje verde hizo señas al posadero y le dijo al oído:

—¿Habéis visto por aquí, entre tanto caballero de alto plumero, a uno de casaca roja, melena amarilla y que llevaba un lunar en la mejilla?

El posadero dijo que no.

El caballero de azul y pluma de marabú hizo también señas al posadero y le susurró al oído:

—¿Habéis visto por aquí a un caballero de casaca roja, melena amarilla, que llevaba un lunar en la mejilla?

El posadero estaba harto de tanta melena amarilla y de tanto lunar en la mejilla. Iba ya a mandarles a paseo cuando llegó otro caballero de traje marrón y sombrero de pluma de gorrión y le susurró a la oreja: